

O coronavírus reescreverá o turismo rural? Reinvenção, adaptação e ação no contexto latino-americano

¿El coronavirus reescribirá el turismo rural? Reinvencción, adaptación y acción desde el contexto latinoamericano

Will the coronavirus rewrite rural tourism? Reinvention, adaptation and action from the Latin American context

Humberto Thomé Ortiz¹

Resumo: No início de 2020, o surto do vírus SARS COV2, conhecido como COVID-19, atingiu a proporção de uma ameaça à saúde global. A cristalização da pandemia revelou o atraso tecnológico, econômico e social que a humanidade tem de enfrentar contingências em escala global e, com isso, a existência de uma crise civilizacional de grandes proporções. O turismo é uma das atividades produtivas mais afetadas pela paralisia econômica, sendo altamente vulnerável aos riscos à saúde, devido às suas características de superlotação e hiper mobilidade. Diante do colapso do setor de turismo, muitas vezes proclamam a reativação de atividades de lazer e recreação, baseadas no turismo de proximidade nas periferias rurais. No entanto, essa posição contém uma forte ambivalência que é debatida entre a necessidade de reativar as economias locais e o risco de contribuir para a disseminação do vírus em contextos de marginalização e pobreza. Por esse motivo, o objetivo deste ensaio é refletir sobre os efeitos da pandemia de coronavírus no turismo rural e suas eventuais transformações, no contexto de uma possível retomada da atividade. A relação entre turismo rural e COVID-19 é analisada, buscando elucidar seus significados e horizontes. A reflexão permite estabelecer que a redescoberta das periferias rurais será um aspecto fundamental no renascimento do turismo, mas para isso é necessário desenvolver uma abordagem crítica que indique uma transformação radical do lazer turístico e garanta a segurança de todos os envolvidos no turismo.

Palavras Chave: Turismo rural, coronavírus (COVID-19), transformações socioeconômicas, ruptura territorial.

Resumem: A principios del 2020 la irrupción del virus SARS COV2, conocido como COVID-19, alcanzó la proporción de una amenaza sanitaria global. La cristalización de la pandemia puso en evidencia el rezago tecnológico, económico y social que la humanidad tiene para enfrentar contingencias de escala global y, con ello, se desnudó la existencia de una crisis civilizatoria de grandes proporciones. El turismo es una de las actividades productivas

¹ Licenciado en Comunicación Social por la Universidad Autónoma Metropolitana, Maestro en Ciencias en Desarrollo Rural por el Colegio de Postgraduados, Doctor en Ciencias Agrarias por la Universidad Autónoma Chapingo. Profesor Investigador de Tiempo Completo del Instituto de Ciencias Agropecuarias y Rurales (ICAR) de la Universidad Autónoma del Estado de México. Especialista en Estudios Agroalimentarios y Turismo Agroalimentario, es presidente de la Asociación Mexicana de Turismo Rural. Ha desarrollado investigaciones sobre turismo y sistemas agroalimentarios en diferentes zonas rurales de México, Brasil, Colombia y la Polinesia Chilena. Igualmente ha trabajado sobre estudios agroalimentarios en diferentes zonas del centro de México. Actualmente, es responsable técnico del proyecto de investigación: "Evaluación de la Dimensión Recreativa del Hongos Comestibles Silvestres, su interés socioeconómico y sus perspectivas de desarrollo rural". Financiado por el Consejo Nacional de Ciencia Y Tecnología. Cultiva las disciplinas de Sociología de la Alimentación, Género y Alimentación y Desarrollo Sustentable. Es Miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel 1. Ha publicado más de 130 productos académicos que incluyen libros, capítulos y artículos científicos en revistas como Journal of Heritage Tourism, British Food Journal, Appetite y la editorial Routledge. Actualmente se desempeña como Coordinador de la Maestría en Agroindustria Rural Desarrollo Territorial y Turismo Agroalimentario de la UAEMEX. **E-mail:** humberthome@hotmail.com **Orcid:** <http://orcid.org/0000-0002-6714-3490>

mayormente afectadas por la paralización económica, siendo altamente vulnerable a los riesgos sanitarios, dadas sus características de masificación e hipermovilidad. Ante el desplome del sector turístico, numerosas voces han proclamado la reactivación de las actividades de ocio y recreación, a partir del turismo de proximidad en las periferias rurales. Sin embargo, dicha postura encierra una fuerte ambivalencia que se debate entre la necesidad de reactivar las economías locales y el riesgo de contribuir a la dispersión del virus en contextos de marginación y pobreza. Por tal motivo, el objetivo de este ensayo es reflexionar en torno a los efectos de la pandemia del coronavirus sobre el turismo rural y sus eventuales transformaciones, en el contexto un posible repunte de la actividad. Se analiza la relación entre el turismo rural y el COVID-19 intentando dilucidar sus significados y horizontes. La reflexión permite establecer que el redescubrimiento de las proximidades rurales será un aspecto clave en la reactivación del turismo, pero para ello es necesario desarrollar un enfoque crítico que apunte hacia una transformación radical del ocio turístico y que garantice la seguridad de todos los involucrados en la actividad.

Palabras Clave: Turismo rural, coronavirus (COVID-19), transformaciones socioeconómicas, disrupción territorial.

Abstract: In early 2020 the outbreak of the SARS COV2 virus, known as COVID-19, reached the proportion of a global health threat. The crystallization of the pandemic revealed the technological, economic and social lag that humanity has to face contingencies on a global scale and, with this, the existence of a civilizatory crisis of great proportions was revealed. Tourism is one of the productive activities most affected by economic paralysis, being highly vulnerable to health risks, given its characteristics of overcrowding and hypermobility. Faced with the collapse of the tourism sector, many voices have proclaimed the reactivation of leisure and recreation activities, based on proximity tourism in the rural peripheries. However, this position contains a strong ambivalence that is debated between the need to reactivate local economies and the risk of contributing to the spread of the virus in contexts of marginalization and poverty. For this reason, the aim of this essay is to reflect on the effects of the coronavirus pandemic on rural tourism and its eventual transformations, in the context of a possible upturn in tourism activity. The relationship between rural tourism and COVID-19 is analyzed, trying to elucidate their meanings and horizons. Reflection allows us to establish that the rediscovery of rural neighborhoods will be a key aspect in the revival of tourism, but for this it is necessary to develop a critical approach that points towards a radical transformation of tourist leisure and that guarantees the safety of all those involved in tourism.

Keywords: Rural tourism, coronavirus (COVID-19), socioeconomic transformations, territorial disruption.

INTRODUCCIÓN

Cada periodo histórico de la humanidad se ha caracterizado por una estructura de pensamiento sobre la cual se organiza la vida social y las relaciones humanas. A dicho sistema de pensamiento subyace una estructura del sentimiento, la cual ha tenido una menor atención por parte de los estudiosos sociales (Williams, 1977), pero no por ello, juega un rol menos importante en la configuración integral de nuestros sistemas culturales. De particular interés, es la influencia del sentipensar (Escobar, 2016), a través del cual cada sociedad y cada momento histórico determinan su sentido de la vida, particularmente cuando hablamos de ámbitos no hegemónicos como el espacio rural.

A inicios del 2020 muchos de nosotros nos encontrábamos en una aparente normalidad, realizando desplazamientos hacia diferentes destinos, con propósitos recreativos o de trabajo. En mi caso, a mediados de febrero, me encontraba realizando un recorrido de campo por las provincias de Pichincha, Imbabura, Tungurahua, Cotopaxi,

Chimborazo y Bolívar, a lo largo de la denominada región de la Sierra, en el Ecuador. Mientras que para el 28 de Febrero la Secretaría de Salud de México (mi país) declaraba los primeros tres casos positivos de COVID-19. A mediados de marzo, Italia experimentaba los peores momentos de su afectación por la pandemia, con un desplome económico sin precedentes y el colapso de su sistema sanitario. Estados Unidos, apenas empezaba un proceso complicado, que lo convertiría a principios de mayo en el epicentro de la enfermedad con más de un millón de contagios y cerca de 70 mil muertos. A mi regreso de la ruralidad andina encontraría un mundo completamente diferente, parecido al de un relato de ficción apocalíptico.

Ante la saturación de imágenes catastróficas que todos los días inundan nuestras conciencias por la sobreexposición mediática (Díaz, 2005), no era difícil concebir las imágenes surgidas de la pandemia, sino la forma y velocidad con la que el mundo estaba cambiando en un periodo de tiempo relativamente corto.

El confinamiento doméstico indefinido (a partir de una “cuarentena” que hoy en día sabemos durará al menos 71 días en México), el cierre de fronteras, la limitación de la movilidad, la suspensión de la actividad comercial y la cancelación de los periodos vacacionales, han redefinido el ecosistema turístico de una forma nunca vista. La irrupción de esta crisis se ha interpretado como un momento histórico de transformación, que pone sobre la mesa la oportunidad de reiniciar la industria turística desde la perspectiva de la justicia social y ecológica (Freya, 2020).

A ello hay que sumar la compleja situación, psicológica y emocional, que enfrentamos millones de personas en el mundo ante el miedo e incertidumbre que presenta este suceso inesperado. Una dimensión mucho más abstracta de la pandemia, de la que poco se ha hablado, pero que sin duda tendrá efectos profundos sobre nuestra vida futura. Ciertamente, ello se reflejará en una nueva forma de ver la vida, cuya definición esta en ciernes, puesto que como se diría coloquialmente “esto apenas comienza”.

Las proyecciones iniciales se han planteado sobre los grandes mercados turísticos masificados, aludiendo a la oportunidad que tendrán los destinos turísticos de proximidad. Pero, más allá de un razonamiento mecánico sobre un crecimiento de la demanda, debemos preguntarnos ¿cómo influirá esto en la actividad turística que se desarrolla en el espacio rural? Digamos que la irrupción violenta del virus nos obligará a repensar nuestras formas de actuar, sentir y pensar, desde la obligada reflexión sobre el sentido de nuestro lugar en la historia. De manera que el turismo rural tendrá que responder a las necesidades de este nuevo mundo, es decir, desde una nueva estructura del sentipensar.

El objetivo del presente ensayo es reflexionar en torno a los efectos de la pandemia del coronavirus sobre el turismo rural y sus eventuales transformaciones, en el contexto un posible repunte de la actividad. Para ello se utilizarán las coordenadas de la re-invencción, la adaptación y la acción como respuestas a la crisis en un concierto de voces heterogéneas y disonantes. El manuscrito se compone de siete partes. Después de este apartado introductorio se plantea una mirada panorámica a la relación entre el turismo y la pandemia, desde la perspectiva de la crisis civilizatoria. A continuación se desarrolla una reflexión sobre los significados de la irrupción del COVID-19 en el turismo rural y sus posibles horizontes, seguido de un planteamiento sobre la necesidad de reinventar y redescubrir la proximidad como elemento clave del resurgimiento turístico. Posteriormente, se analizan los procesos de adaptación frente a la crisis precedido por una perspectiva crítica sobre las acciones propuestas desde diversos sectores. Finalmente, se presentan algunas consideraciones finales.

COVID-19 y turismo, una mirada a la crisis civilizatoria

Aunque una condición inherente de estar vivos es nuestra necesidad constante de reinventarse, adaptarse y actuar, la condiciones con las que irrumpió este virus en la vida

social y económica nos muestran que, en muchos sentidos, no estábamos preparados para enfrentar este reto. Durante muchos años, permanecemos en negación, respecto a la posibilidad de un gran cambio acelerado, del Antropoceno (Steffen et al., 2015), tantas veces anunciado pero con una visión incapaz de mirar con claridad su cercanía e inminencia. Ello desnuda nuestro rezago emocional, organizativo, tecnológico y económico para enfrentar el cambio y nos pone, sin duda en la imperiosa necesidad de imaginar nuevas formas de vivir. En el caso del turismo el golpe evidenció la fragilidad de una actividad de la que muchos países dependen, así como la insostenibilidad de sus preceptos éticos y su relación con el ambiente.

La “normalidad turística” antes de este periodo de crisis se basó en preceptos insostenibles que deterioraron rápidamente los recursos naturales, como si estos fueran infinitos y renovables, deteriorando permanentemente ecosistemas y generando efectos adversos que las generaciones futuras no podrán afrontar. Hasta hace algunos meses, se planteaban como lógicas las soluciones neoliberales y anacrónicas, propias del siglo XX, que más allá de emitir un juicio social o particular, deben denunciarse procesos de alienación del ser humano, caracterizados por la pérdida de sentimientos, pensamientos profundos y la capacidad de empatizar con nuestros cohabitantes, humanos y no humanos, desde una perspectiva no dualista (Murdoch, 1997).

Ahora, frente a este repentino cambio, es importante demostrar que la sociedad del siglo XXI tiene la capacidad de actuar rápido y erigirse como civilización. Lo apremiante en este momento es aplanar la curva y evitar la muerte masiva, pero al mismo tiempo se presenta el reto de dibujar, a través de un ejercicio de imaginación, las rutas para la sobrevivencia de las actividades productivas suspendidas y de su reintegración paulatina a las esferas de la vida económica y social.

Pese a la gran proliferación de seminarios y reuniones virtuales, donde expertos realizan proyecciones de lo que será el turismo en la era Post-Covid, considero que no se tiene la capacidad de prever lo que sucederá en los próximos meses e incluso años. Ni siquiera los expertos en el área de la salud se aventuran a dar pronósticos (Lazzerini y Putoto, 2020). Una acción más prudente, me parece tratar de delinear las acciones inmediatas que podrían tomarse para generar respuestas disruptivas a esta crisis y, con ello, ser protagonistas activos de este cisma histórico.

En el caso del turismo rural, son particularmente preocupantes las innumerables proyecciones sobre las “oportunidades” de mercado y las amplias perspectivas de “crecimiento”, que tendrá esta modalidad en el concierto del escenario post-covid, cuando se tiene evidencia de que los coronavirus pueden haberse originado por la invasión humana de nichos ecológicos de otras especies (Shereem et al., 2020) y que si algo es apremiante en estos momentos para los actores rurales, es recuperar sus capacidades orientadas a la seguridad y soberanía alimentaria. A ello, sumemos la inconsistencia de la información respecto al horizonte de terminación de la pandemia, lo que implica riesgos enormes de dispersar el virus hacia zonas pobres y carentes de servicios médicos como las del medio rural latinoamericano.

La trascendencia histórica del momento que vivimos nos obliga a actuar con responsabilidad. El llamado al cambio de conciencia social se ha venido dando ya hace tiempo, sin embargo este ha sido ignorado, motivo por el que hoy es necesario hacer y pensar las cosas de manera distinta, quizá radicalmente diferente, puesto que nuestros actos serán juzgados y pasarán por el escrutinio de las generaciones futuras.

En este sentido, es necesario sumar esfuerzos para enfrentar la intensidad de lo que está ocurriendo y, en segundo término, dibujar los contornos de una nueva vida social y económica. A diferencia, de muchos otros embates que ha enfrentado el sector turístico, el día de hoy hacemos frente a una amenaza biológica y de carácter global (Bonilla et al., 2020). Es decir que requiere de cambios estructurales, colectivos y masivos, para salir bien librados, motivo por el que ahí deberían concentrarse la mayoría de nuestros esfuerzos.

Desde esta perspectiva, una pregunta pertinente sería: ¿Qué deberá cambiar en el turismo rural después de la crisis COVID-19?

El papel de la ciencia y la tecnología, pese a sus innumerables avances en diversos campos, hoy genera dudas respecto a la capacidad para ayudarnos a salir de esta situación crítica. Particularmente, existen fuertes rezagos en cuanto a la capacidad de las ciencias sociales, para generar enfoques críticos pero, también, para aportar propuestas de nuevas dinámicas sociales y nuevos esquemas de organización social. Los campos filosóficos, sociológicos y antropológicos hoy se vuelven sustantivos para entender la complejidad de nuestra civilización y, en su caso, para perfilar una nueva estructura socioeconómica donde algunos cambios deberán ser de mayor calado. Al parecer, la mayoría de las propuestas se han centrado en un radicalismo social crítico o en improvisaciones que únicamente han intentado sostener a los sistemas económicos y los conjuntos axiomáticos bajo los que una u otra visión del mundo se sostienen.

Algunos teóricos han descrito que vivimos en una era del dominio tecno-científico (Toffler y Toffler, 2006), lo cual ha tenido importantes efectos en el aumento de la esperanza de vida, las comunicaciones, el comercio y el acceso a la información. Sin embargo, existen fuertes rezagos respecto a la esfera de la vida social. Pese a que la mayoría de las personas tiene elementos suficientes para saber que nos encontramos en diversas situaciones de vulnerabilidad y riesgo (social, ambiental y económico), la acción social concertada no se ha encaminado a realizar cambios de raíz, que implican la modificación de las conductas humanas y los estilos de vida. La negación de la crisis es una de las principales características de la sociedad de fines del siglo XX y principios del XXI.

En el caso del turismo, observamos que la pandemia afecta de manera especial puesto que está conectada con las movilidades, formas de congregación y de ejercer el tiempo libre. Sin embargo, la toma de conciencia al respecto no fue una actitud inmediata sino que ha sido parte de un proceso de asimilación de las estadísticas, los riesgos y las restricciones, emanadas del claustro internacional de expertos biomédicos. Aún así, en algunos lugares donde no se han alcanzado los niveles máximos de expresión de la pandemia, las personas aún cuestionan su existencia. Por ello es fundamental que estas “movilidades posmodernas”, encabezadas por el turismo, empiecen a alinearse con los postulados de la ciencia autorizada y se transformen en conductas sociales empáticas y responsables.

Ello cobrará un especial valor al pensar en desplazarse a zonas en condiciones de marginación y rezago tecnológico, donde las implicaciones de la dispersión del virus pueden tomar connotaciones distintas y poner en riesgo áreas estratégicas como la producción agroalimentaria, la salvaguarda de los recursos biológicos y de las expresiones originarias de la cultura. Habrá que pensar que cuando se viaja al campo, además de distribuir los recursos económicos, también podemos contribuir a la dispersión de riesgos, materiales y simbólicos, hacia sociedades que tienen mayores dificultades para enfrentarlos.

Significados y horizontes del turismo rural ante la pandemia

Es posible y deseable que en pocos meses volvamos a una “nueva normalidad”, pero el riesgo de que volvamos a asumir como normal, aquello que veníamos haciendo antes de la pandemia es grande y aumentaría la vulnerabilidad que enfrenta la sociedad humana. Las visiones más conservadoras han proclamado un renacimiento del consumo y una re-dinamización de la economía que, eventualmente, nos permitiría volver a encarrilarnos en el sueño del capitalismo tardío de consumo. Sin embargo, sería importante pensar que, muy seguramente, ésta será la primera crisis fuerte que se experimentará en el siglo XXI y que un aprendizaje esencial que se deberá obtener del proceso, es familiarizarse con una dinámica de adaptación constante y resiliencia (Djalante, Shaw y DeWit, 2020), así como el

diseño de nuevos modelos socioeconómicos que nos permitan vivir bajo condiciones de riesgo e incertidumbre.

Un problema serio, en términos de la planificación futura del turismo rural, se refiere a la capacidad de articular problemas complejos desde visiones multidisciplinares. Esta área del desarrollo rural, no será jamás un espacio gris donde poder colocar pensamientos imprecisos y esotéricos. Es relevante no olvidar que el espacio rural es un ámbito estratégico para garantizar la calidad de vida de las sociedades presentes y futuras y, por ello, es importante replantearse la manera en que la sociedad se relaciona con el campo. Los problemas ambientales sociales y económicos que aquejan al medio rural han sido abordados desde la década de los sesenta por diversos científicos. En estos estudios se ha señalado que las amenazas que enfrentará la humanidad tendrán una escala local, regional y global, pero estas últimas serán las protagonistas de los grandes cismas, por lo que la conexión la naturaleza y la cultura será un factor decisivo, particularmente, en la emergencia de las nuevas relaciones entre elementos humanos y no humanos, dentro de lo cual el turismo rural deberá ser una expresión de estas interconexiones entre personas, otras clases de seres vivos y objetos, anulando con ello el principio de dominación y control que la humanidad había establecido sobre la naturaleza.

El complicado escenario que ha construido la irrupción del COVID-19 en el mundo, nos hace reflexionar, acerca de la posibilidad de experimentar ésta y aún peores crisis. Aquello que me parecía inimaginable mientras realizaba kayaking en la laguna de Quilotoa, en febrero pasado, hoy se transforma, haciendo posible concebir cualquier realidad distópica como evento posible al futuro. Sin duda, no se trata de generar un ánimo catastrofista, pero sí de pensar que la inestabilidad y la incertidumbre serán condiciones presentes en la vida futura, por lo que es necesario imaginar nuevas formas de organización e intercambio, sobre la base de una perspectiva relacional. Pues lo único de lo que podemos estar seguros, es que estamos parados sobre un parteaguas histórico impredecible el cual, paradójicamente, estamos co-creando y padeciendo simultáneamente.

El ecosistema digital se ha saturado de opiniones divergentes, de sabios y falsos mesías, que concurren en la necesidad de aportar respuestas eficientes, como respuesta natural a la desorientación que nos produce la gran cantidad de posibilidades que puede albergar el futuro. Sin embargo, creo que en el caso del análisis turístico y particularmente en el del turismo rural, tal vez sea más útil tomar una actitud contemplativa, hasta lograr mayor claridad y no aventurarse a dar recomendaciones precipitadas y poco responsables. Sin duda, se requerirá una reactivación gradual y escalonada, cimentada en cambios profundos de orden cuantitativo y cualitativo.

La epidemia nos confronta con el destino inevitable de la muerte, pero lo hace de una manera poco convencional, entrando en las esferas interiores de nuestra cotidianidad, en nuestras prácticas ordinarias de la vida diaria. Ello genera una sensación de miedo, que no sabemos cuanto tiempo nos acompañe. Un turismo rural consciente, responsable y de pequeña escala se puede avizorar, sin embargo, también habrá fuertes momentos de desconfianza, individualismo y de un higienismo que supere toda lógica racional.

Las medidas de distanciamiento físico y las normas de higiene, pueden ser incompatibles con los principios de empatía y responsabilidad social, siendo ese ayudar colectiva pero distanciadamente, una paradoja para lograr mostrar un avance civilizatorio. Pues, ¿cómo podrán sobrevivir los pequeños emprendimientos de turismo rural si para protegerlos hay que distanciarse de ellos? Probablemente, pensando más allá de los límites de la propia actividad turística y retomando la idea de que el turismo en el espacio rural debería ser una estrategia más próxima al campo del desarrollo rural que al de los estudios turísticos. Recordando que sólo se trata de una actividad complementaria, que se suma al conjunto multifuncional de actividades económicas del campo, las cuáles tenían el pendiente histórico de ser resignificadas (Matijasevic y Ruiz, 2013), incluso antes de la irrupción de esta crisis. No se trata de salvar al turismo per se, sino de intentar replantearlo en tanto

actividad productiva de gran relevancia económica y social, es decir como uno de los sectores productivos más significativos de nuestra sociedad.

Por ello, las respuestas a muchas de nuestras preguntas, muy probablemente se encuentran más allá de una acción sectorial, sino en el descubrimiento de nuestra capacidad de actuar concertadamente, lo cual es un cambio necesario en nuestras sociedades, cuyos principios los ha delineado una lógica profundamente hedonista e individualista (Lipovetsky, 1994).

Sin duda, al turismo rural de pequeña escala no pueden adjudicársele la mayoría de los efectos negativos que ha generado el turismo de masas, pero tampoco puede soslayarse que ha tenido efectos negativos para la naturaleza y la sociedad. Por otra parte, también es necesario reconocer cómo la actividad turística puede ser un importante vector para la transmisión e intercambio de hábitos, saberes, recursos y enfermedades (en este caso el COVID-19) entre los ámbitos rural y urbano.

Por ello, a pesar de que el turismo rural es una de las formas de ocio turístico con mejores pronósticos de reactivación rápida (incluyendo a otras modalidades de turismo de proximidad), dicha reactivación debe realizarse con máxima precaución y sin ningún apremio. Hoy debemos concentrarnos para que aquellas comunidades rurales que viven totalmente o dependen parcialmente del turismo sobrevivan a la cuarentena. Para ello es necesario recuperar un enfoque territorial, desde la multifuncionalidad del territorio y la pluriactividad de los actores, acompañado de cualquier forma de empatía y solidaridad, en la que la deuda histórica que tenemos con los hombres y mujeres del campo, se traduzca en diversas formas de apoyo. El nuevo turismo rural deberá estar orientado por la lógica del cuidado, la solidaridad y la responsabilidad social a largo plazo.

Trascender el individualismo que caracteriza a nuestra época significará redescubrir el potencial de la acción social, de nuestra pertenencia a un cuerpo social, el cual no sólo es un hecho constatable sino un aspecto fundamental para la reproducción de la vida y de cualquier actividad humana. Además de ello y como ya se ha señalado, este nosotros incluye una gran cantidad de criaturas y objetos no humanos con los que convivimos permanentemente y a partir de cuyas interacciones hacemos posibles gran diversidad de mundos como el turístico.

Así lo ejemplifica el senderismo, que pone en acción una relación singular entre el cuerpo humano, la conciencia y el paisaje, para reconstruir discursos kinéticos sobre un entorno con características peculiares. Entonces, por qué no concebir respetuosamente a todos esos elementos no humanos, como la flora y la fauna, como sujetos activos y co-productores de esa práctica turística, por qué no incluir sus intereses en el desarrollo de la actividad. Las nuevas formas de definir el turismo rural deberán estar basadas en formas de cooperación operadas a partir de relaciones inter-especies. Sin embargo, esto puede resultar muy confrontante para las mentalidades conservadoras, por lo que es necesario desarrollar una nueva visión del turismo.

Este momento, en el que el distanciamiento físico se impone, acompañado del uso de diversos dispositivos para contener el contacto con fluidos infectados de las personas, pero donde es indudable la necesidad de la vida en sociedad como especie gregaria que somos, genera una realidad esquizofrénica donde coexiste la alienación y la solidaridad como una manera simultánea de pensar y sentir la vida.

La decisión de las medidas de confinamiento y de frenar las actividades económicas no esenciales se traduce en un intento por salvar vidas, conforme a las recomendaciones de los organismos de salud internacionales (Fana et al, 2020), sin embargo, ello está generando fuertes costos monetarios que los gobiernos desean evitar con la rápida apertura y normalización de las actividades productivas. Frente a ello se escuchan las voces de la intelectualidad orgánica, al servicio del capital, que sin ser expertos en virología o epidemiología lanzan sus pronósticos y recomendaciones para la reactivación de la actividad, argumentando los múltiples beneficios y oportunidades que esto representará para el turismo rural y de interior.

Estamos frente a un momento histórico para cuestionar la estructura de pensamiento y sentimientos del neoliberalismo, ante lo cual no se han hecho esperar las respuestas pragmáticas de los sectores conservadores, que urgen remedios inmediatos para enfrentar la pandemia y echar a andar nuevamente la maquinaria del capital, como si nada hubiera pasado. No se puede iniciar otra vez igual, será necesario reescribir algunas de las coordenadas del turismo rural. Al respecto, tengo una inquietud fuerte sobre lo que sucederá cuando la emergencia pase y venga una lenta recuperación manifestada como crisis de largo plazo. La preocupación de que todo vuelva a la “vieja normalidad” y que el proyecto de civilización que nos ayude a recuperar el equilibrio social y ambiental fracase en el intento y sucumba ante el imperativo de la rentabilidad y la acumulación.

Para ello no basta con realizar ajustes mínimos, se deben intentar experimentos sociales, para redefinir el ocio turístico, particularmente aquel que está vinculado con comunidades rurales. Se deben ensayar nuevas formas de crear comunidad, a través de intercambios recíprocos y solidarios.

La continuidad de modelos turísticos, basados en la rentabilidad máxima y la acumulación, únicamente contribuirán a un proceso de extinción masiva, por lo que el probable reacomodo de la actividad turística debe estar liderado por aquellas formas (como el turismo rural) que sean más compatibles con un proceso de equilibrio social y ambiental, pero que corren el riesgo de ser cooptadas por los intereses del capital.

El turismo rural, al igual que muchas otras actividades, será presionado para olvidar rápidamente esta primavera y reiniciar con los mismos principios y viejos modos del capitalismo tardío, pero ello equivaldría a no haber aprendido nada en estos momentos de preocupación y confinamiento, que no son comparables respecto a otras formas históricas del sufrimiento humano, pero cualitativamente si representan un fenómeno inédito que ha implicado la preocupación y toma de conciencia por parte de la humanidad en una escala global.

Las formas de pensar, sentir y actuar no son entelequias, sino que son estructuras, estructuradas, estructurantes (Bourdieu, 1989), que están ancladas a los sistemas económicos y políticos que los sostienen. Dichos sistemas configuran el conjunto de valores que marcan las coordenadas de la sociedad, por lo que un momento como este debería ser útil para redefinir aquello que para nosotros es valioso. Y ciertamente, para poder sobrevivir en el futuro deberíamos valorar más el mundo en el que vivimos y el tejido social que nos ha permitido seguir adelante (piénsese en los campesinos, en los operadores del sistema de salud y de las cadenas de suministro que ha permitido que la vida siga su curso aún durante la pandemia).

La irrupción del COVID-19 ¿En dónde estamos parados?

La pandemia que ataca el mundo por el virus COVID-19 ha generado una paralización inédita de la economía, situación que sin duda ha afectado severamente al sector turístico. Frente a estos hechos, y quizá por el exceso de tiempo disponible, se han intentado delinear algunas estadísticas, pronósticos y recomendaciones para la reactivación de la actividad, que aluden a una oportunidad para el desarrollo de un turismo responsable y de proximidad (UNWTO, 2020; Tomassini y Cavagnaro, 2020). Pero su carácter es meramente didáctico e ilustrativo, pues las variables que intervienen en el proceso son múltiples y su evolución es impredecible. Nos encontramos frente a un fenómeno emergente, que implica la interacciones entre objetos humanos y no humanos que han sido soslayadas por las sociedades capitalistas (Watts, 2013), por lo que nuestro papel histórico será tener la capacidad de comprender la emergencia de nuevos mundos de vida en contextos de crisis e incertidumbre. Para ello será necesario contar con elementos cuantitativos para poder estimar las dimensiones del problema y con elementos cualitativos que nos ayuden a perfilar alternativas para dinamizar la vida social y económica.

Hoy por hoy, estamos intentando dilucidar algunos elementos del turismo rural después del COVID-19, pero lo cierto es que nos encontramos frente a una crisis sin precedentes, cuyos impactos socioeconómicos pueden provocar serias afectaciones en sectores clave para el mantenimiento de la vida como puede ser la alimentación, la salud y la política. Tratemos entonces de acompañar este proceso a través del correlato del turismo en el espacio rural, siempre con respeto a la magnitud del evento y con las proporciones que deben guardarse respecto al lugar de esta actividad en la vida humana.

Dada la complejidad del fenómeno, lo único que impera en este momento es la imprevisibilidad y la incertidumbre respecto a lo que va a ocurrir. Se puede prever que habrá grandes cambios en las maneras en que se ha venido realizando el turismo, por lo que es muy probable que exista una redefinición global de los significados sociales, psicológicos y económicos de lo que es el ocio turístico, respecto a lo que representó durante el siglo XX y las primeras dos décadas del XXI.

Una de las cuestiones a considerar es que esta crisis tendrá una recuperación muy lenta que está íntimamente relacionada con la gravedad de sus consecuencias económicas y la recuperación de la confianza por parte de los consumidores. Al nivel del ciudadano promedio, de las clases medias y bajas, se experimentarán restricciones para los viajes vacacionales. Por su parte, los gobiernos tendrán dificultades para realizar sus tareas de promoción turística e inversión pública. Desde la perspectiva de la economía, se prevé un seria recesión global de proporciones similares a las de la gran depresión y una transformación profunda con fuertes impactos para las economías emergentes (Rogoff, 2020).

Algo que ya es evidente en este momento, es la rápida transformación de los hábitos y formas de consumo. Siendo de especial interés para el turismo el rechazo, por lo menos temporal, a toda forma de masificación que implique un riesgo. Ello tiene que ver con la reacción social ante la pandemia que puede generar distanciamientos y conflictos entre residentes y turistas. Es importante señalar que la recuperación será lenta, es decir que el distanciamiento físico, las restricciones de la vida pública y de los espacios, persistirán hasta que la pandemia haya sido superada. Es en esos momentos que habrá condiciones para hablar de una reactivación segura de la actividad turística. Preguntarnos sobre las consecuencias reales de esta situación parece una pregunta que aún no tiene respuesta.

La reactivación del turismo rural esta fuertemente relacionada con la recuperación de la confianza tanto de los turistas como de las comunidades residentes. El aspecto clave de la reactivación de los destinos rurales será la seguridad, traducida en la búsqueda de refugios alternativos para el ocio turístico. Es por ello, que, diversas opiniones son convergentes respecto al lugar privilegiado que podría ocupar el turismo de proximidad y dentro de éste el turismo rural (Tomassini y Cavagnaro, 2020).

Sin embargo, recuperar la confianza de las partes interesadas no es un tema menor. Ello implica el desarrollo de normas rigurosas de control, ante las cuales el turismo rural mantiene un rezago, respecto a otras formas de turismo acostumbradas a los procesos de normalización y certificación. La ecuación resulta harto compleja, pues entre sus componentes se encuentra el despliegue de dispositivos de seguridad, en un contexto de austeridad económica, apuntando al posicionamiento de destinos asequibles que garanticen la seguridad de todas las partes implicadas (Vera e Ivars, 2020).

Resurgimiento del turismo rural, Reinventar y redescubrir la proximidad

El actual escenario de confinamiento, muy posiblemente, provocará conductas futuras donde el autoaislamiento sea una elección para las personas dentro de lo que sería la “nueva normalidad”. Es decir, que una de las formas en las que se expresarán las dinámicas de consumo será a partir de la disminución del contacto humano. En ese sentido, es muy importante pensar en un turismo rural que se desarrolle de una manera más

autónoma y autogestiva. Igualmente, sería indispensable el acortamiento de las cadenas de distribución a partir del aprovechamiento de las tecnologías de la información y la comunicación para generar un acercamiento directo entre anfitriones y turistas (García-Rodea, et al, 2020).

Los efectos psicológicos del distanciamiento físico y de la disminución de las relaciones interpersonales, generarán un nuevo escenario de distribución de productos y servicios. Ello se enfrentará a un panorama donde exista una gran cantidad de información y una oferta desmedida de bienes y servicios, por lo que se observa que un valor importante será la necesidad de buscar prácticas de ocio tranquilas, basadas en narrativas que sean capaces de atrapar rápidamente la atención del turista. Sin duda, esta combinación entre inseguridad psicológica y necesidad de volver a salir al mundo supone un reto para la recuperación paulatina de la confianza entre prestadores de servicios y turistas, para lo que será fundamental la personalización de los servicios, focalizados en pequeños grupos, basados en una oferta auténtica, centrada en las sinergias posibles entre los recursos territoriales (Aranda, Combraiza y Parrado, 2009).

Igualmente, es importante considerar que las nuevas preocupaciones sanitarias, en conjunto con la desaceleración económica inminente, traerá consigo la necesidad general de redefinir el ocio como una práctica social. Motivo por el que las experiencias recreativas pueden tender al turismo de proximidad, de corta duración, basado en estímulos multisensoriales, que ayuden a una rápida recuperación de las tensiones acumuladas.

El transporte, en el turismo en general, es un aspecto que se deberá replantear debido a que las personas apuntarán al uso de formas de movilidad que impliquen el menor contacto posible. Por tanto, se observa un eventual crecimiento de los destinos y formas de ocio, en los que el transporte no represente una amenaza a la salud y permita la movilidad autónoma por parte de los turistas. En este sentido, el turismo rural representará una opción importante.

Por otra parte, el sentido de comunidad que se prevé surja de esta pandemia, pondrá sobre la mesa la necesidad de atender demandas sociales de inclusión, donde el ocio recreativo de calidad sea un derecho fundamental para las personas. Serán reevaluadas las oportunidades de acceso a la naturaleza y la cultura, a través del acercamiento al espacio rural. Igualmente, el turismo responsable podría manifestarse como una tendencia que apuntará hacia un consumo turístico que favorezca a las comunidades rurales y de viajes que generen una menor huella ecológica.

Los efectos de la cuarentena y de las crisis (sociales y económicas) derivadas del COVID-19, generarán una gran necesidad de manejo del estrés y la ansiedad. Por tal motivo el bienestar será una de las principales preocupaciones de las personas. Sin embargo, esto deberá marcar distancia respecto a las formas anteriores en que la gente buscaba el bienestar a través del consumo, pues ahora dichos estímulos deberán estar cargados de una alta responsabilidad social. Esta tendencia de los consumidores, volcada hacia el autocuidado responsable, deberá ser respondida con productos y servicios de turismo rural, que puedan dar resultados tangibles en términos de bienestar.

El actual retraimiento de algunos aspectos de los mercados globales marca una fuerte tendencia hacia el consumo local y el apoyo a los negocios independientes. Esto sin duda traerá grandes beneficios para muchas empresas locales, sin embargo, también generará una reacción por parte de las empresas globales, a través de una agresiva estrategia de localización, aunado a su gran capacidad de distribución. En este sentido, deberá pensarse en la posibilidad de que las grandes corporaciones se muestren interesadas por los destinos de proximidad y que eventualmente, coopten los mercados de turismo rural y alternativo. Motivo por el cual, es importante generar regulaciones que impidan el despojo del capital natural y cultural con que cuentan las comunidades rurales (Palafox y García, 2018), así como el desarrollo de capacidades orientadas a la gestión turística del territorio por parte de los actores locales.

En estos contextos de crisis es previsible el fortalecimiento de un consumidor ético, particularmente, entre los sectores jóvenes de la población quienes buscarán una reducción de las emisiones y un futuro sustentable. Ello se verá plasmado a través de la emergencia y acentuación de los estilos de vida sustentables, en los que el turismo jugará un papel protagónico. El ocio turístico se redefinirá hacia destinos de proximidad y sobre a todo a aquellos que no impliquen los largos desplazamientos, además de las razones sociológicas, la recesión económica jugará un papel importante en las nuevas dinámicas para disfrutar del tiempo libre. Ciertamente, habrá cambios en las formas de hacer turismo, pero el turismo y el tiempo libre, son actividades que llegaron para quedarse, que forman parte de la calidad de vida de las sociedades contemporáneas y que hoy encontrarán su cauce en nuevos destinos y a través de nuevas prácticas.

El verano del 2020, será un indicador clave respecto a la forma en que los seres humanos empezaremos, o no, a recuperar el ocio turístico como una necesidad contemporánea. Por obvias razones esto se dará más en las cortas distancias y en los límites del desplazamiento interno. Por lo tanto, los mercados nacionales y sus actitudes serán fundamentales para definir la reactivación de la actividad turística. El efecto proximidad (Vera e Ivars, 2020) marcará la pauta de los viajes independientes, con movilidad autónoma y económica, desde los que se estará reconstruyendo el derecho moderno y posmoderno al ocio turístico, más allá de sus intereses políticos y económicos (Gascón, 2016). Sin embargo, en las economías emergentes esto será más complicado por que la construcción de este “nuevo normal turístico”, depende de las condiciones económicas que para estos países se muestran menos optimistas.

Procesos de adaptación a la crisis y postcrisis del COVID-19

Como se ha planteado anteriormente, el ejercicio del tiempo libre y del ocio turístico podría recuperarse de manera paulatina, a partir de una lógica de proximidad, de acuerdo con la seguridad psicológica de los usuarios, el comportamiento de la crisis económica y la menor disponibilidad de tiempo libre después de la cuarentena.

La información y trazabilidad de los productos y servicios ofrecidos por el espacio rural podría representar una oportunidad para que el campo pudiera ser un “espacio seguro” para la atención de las demandas de ocio después de la pandemia, pero ello también pone en juego la seguridad de las poblaciones receptoras por lo que el enfoque siempre debe ser de carácter social y en estricto apego a las disposiciones nacionales e internacionales en materia de salud.

El turismo rural, después de la pandemia del COVID-19, será un turismo mucho más centrado en el consumidor, cuyos productos y servicios serán concebidos en conjunto con los turistas. Lo anterior significa que la construcción de viajes seguros partirá de una corresponsabilidad entre visitantes y anfitriones, donde las condiciones de prestación de los servicios se desarrollarán en un consenso y colaboración permanente entre ambas partes. Se prevé que los turistas se convertirán de prosumidores (Niezgoda, 2013), tomando un papel mucho más activo en su movilidad, alimentación y actividades, todo ello desde una perspectiva autogestiva del ocio que ayudará a mantener una distancia razonable. Sin embargo, también los anfitriones deberán garantizar un mínimo de condiciones de inocuidad y calidad en los productos y servicios ofrecidos.

Uno de los asuntos que más preocupan son las nuevas relaciones urbano rural, en un marco de higienismo extremo y reconstrucción de la confianza social. En países como México donde las poblaciones rurales se encuentran alejadas y atomizadas por el territorio, con precarias condiciones de conectividad y de servicios, estos objetivos pueden ser difíciles de alcanzar. En otra etapa habrá que pensar en la reconstrucción de las relaciones local-global como una oportunidad de resignificar los intercambios culturales entre los dos ámbitos.

El turismo convencional tiene la peculiaridad de requerir la presencia de los consumidores para producir los bienes y servicios ofertados. Sin embargo, ya hace tiempo que se viene discutiendo sobre la posibilidad de la virtualidad del turismo (Napolitano y Glisic, 2018) la cual ha representado una alternativa para mantener contacto con los turistas en el periodo de cuarentena, a partir de tours virtuales a museos y sitios patrimoniales. Sin embargo, para el caso del turismo rural el mundo virtual se ha limitado a aspectos de marketing y comercialización (Kavoura y Bitsani, 2013), desaprovechando, con ello, las posibles vinculaciones entre los diversos bienes producidos en el contexto de la pluriactividad rural, que podrían acercarse a los hogares de los turistas confinados. Piénsese en el papel fundamental que en hoy día juega la alimentación de calidad para los consumidores que no tienen condiciones de acercarse a los espacios físicos de comercialización, la oportunidad de distribuir productos agroalimentarios y/o artesanales, cuando los mercados convencionales están paralizados. Para estos nuevos acercamientos, las narrativas construidas al servicio del turismo, las historias detrás de los productos y las plataformas con las que se comercializaban alojamiento y actividades complementarias, pueden representar un importante punto de partida.

Sin ánimo de aventurar un pronóstico riguroso, sino como un ejercicio de imaginación, que apela al sentido común, es posible pensar que en un lapso de 12 meses puede iniciarse una recuperación del ocio recreativo a nivel local y de las proximidades, y sólo a mediano plazo podría estarse recuperando el turismo internacional, pero con características diferentes. Por ello resulta fundamental pensar en las transformaciones de fondo que requiere la actividad turística. Primeramente, desde la propia concepción de las formas de disfrutar del tiempo libre y, en segundo lugar, a partir de las innovaciones que deben generarse ante esta “nueva normalidad”, caracterizada por la incertidumbre y el miedo. En el caso del turismo rural, debe retomarse el rumbo de manera que esta actividad sea un ingreso económico adicional, concebido desde la lógica de la multifuncionalidad y la complementariedad entre los activos del territorio. De tal manera que la actividad turística permita delinear territorios emblemáticos, que establezcan diversas conexiones entre el mundo rural y urbano, para el estímulo del intercambio económico y cultural que no dependan de un sólo producto o actividad.

Con lo anterior, es importante reconocer que los destinos de turismo rural no contaban con estrategias ni protocolos para enfrentar estas eventualidades y que tampoco han sabido adaptar sus actividades para establecer nuevas conexiones con los turistas que ahora podrían ser consumidores de otros productos y servicios o, simplemente, colaboradores solidarios para poder sobrevivir a la pandemia.

La irrupción del COVID-19 ha supuesto un abandono obligado de muchas facetas de la globalización para retraernos, nuevamente y con mayor intensidad, hacia la esfera local. Muchas de las preocupaciones sanitarias pueden ser un catalizador hacia la hiperlocalización del consumo de bienes y servicios, que impliquen mayor proximidad y control de las condiciones en que estos se producen y se consumen. Por lo anterior, una posible respuesta ante los futuros escenarios del turismo sería su localización como forma de generar situaciones de mayor control en el transporte, el alojamiento (en casas rurales unifamiliares) y el consumo alimentario, siendo un aspecto clave el distanciamiento de toda forma de masificación.

Sin ser categórico, me gustaría plantear algunos aspectos en lo inmediato, en el mediano y largo plazo, con la intención de llevarnos a la reflexión y sin ningún interés de pronosticar el futuro o prescribir una fórmula, sino como una forma de invitar a la discusión.

En lo inmediato, es evidente un proceso de disrupción de la normalidad con el que los prestadores de servicios turísticos rurales deben lidiar, para lo cual es fundamental pensar en todas las opciones de supervivencia que les representa el territorio, empezando por el autoconsumo, pasando por el comercio de proximidad, hasta las nuevas formas de conectarse con mercados más remotos. Lo anterior, implica un gran esfuerzo para adaptarse rápidamente y así lograr una transición económica, tecnológica y social. Con ello

es importante construir una imagen territorial donde se destaque la importancia del campo hacia la sociedad, la capacidad de servir de manera eficiente y la apelación a la solidaridad como valor clave.

En el mediano plazo existe una gran incertidumbre, al menos en México, sobre la reactivación de las actividades económicas como el turismo. Ello nos lleva a pensar en la existencia de un periodo de inactividad de este sector, en el que se deben invertir esfuerzos para desarrollar protocolos de seguridad y procesos de capacitación, así como la planificación para el regreso a “una nueva normalidad turística”. Ello, ciertamente, deberá mirarse más allá de una serie de prescripciones globales sino a partir de una construcción participativa, donde sean tomadas en cuenta todas y cada una de las preocupaciones, puntos de vista e iniciativas de los actores involucrados.

En el largo plazo, el turismo rural deberá redefinir sus estrategias, orientándose a las nuevas necesidades de una sociedad cambiante. Para ello, será necesario construir sus acciones y planes desde una perspectiva flexible y disruptiva, que se ajuste a las diversas posibilidades y escenarios de la nueva realidad. Sin duda la vinculación, en todas sus formas, será un aspecto fundamental en la redefinición de las nuevas relaciones urbano rural, que además de fortalecer los vínculos interpersonales y de proximidad, deberá buscar nuevas oportunidades en todas las plataformas digitales y de comunicación disponibles.

Acciones para enfrentar la crisis, una perspectiva crítica

Una cuestión fundamental para pensar en las acciones tendientes a la reactivación del turismo rural, es que las alternativas propuestas deberán estar a la altura de la complejidad del fenómeno que enfrentamos. En este sentido, el primer paso a desarrollar en lo inmediato, es la conformación de grupos inter, multi y transdisciplinarios para la definición de los objetivos y las estrategias de reactivación. A ello debe sumarse la visión de las comunidades rurales, del sector privado y de las entidades gubernamentales. No se puede improvisar ni basarse en ideas brillantes particulares, se debe actuar en conjunto y con una planeación escrupulosa.

En el caso específico del turismo rural, es necesario pensar en la reactivación territorial (Méndez, 2013) como objetivo central, donde se busque la recuperación de la capacidad de agencia territorial desde una perspectiva multifuncional, que permita el fortalecimiento de espacios resilientes, capaces de sobreponerse a esta crisis y enfrentar nuevos embates que sobrevengan eventualmente. En esta reactivación, el turismo sólo debe concebirse como una actividad complementaria, dando prioridad a las funciones de aprovisionamiento y regulación que juegan los espacios rurales, así como a la seguridad y calidad de vida de sus habitantes. Se deben, redefinir las escalas de valoración de las actividades productivas, dónde lo prioritario deberá ser la conservación ambiental y la seguridad alimentaria.

En segundo término, dada la manera intempestiva con que se presentó la crisis, es importante que todos los actores que hemos estado involucrados en la actividad turística, nos enfoquemos en coadyuvar en la sobrevivencia de las comunidades que dependen, total o parcialmente, del turismo rural. En estos momentos, es claro que ninguna respuesta efectiva provendrá de la actividad turística, para ello es necesario analizar rápidamente los bienes de capital rural (Countryside Agency, 2003), de los cuales se puede echar mano para diversificar sus actividades en tiempo de crisis. En este sentido, se debe subrayar el papel de las instancias gubernamentales, académicas y de la sociedad civil que han estado involucradas en el turismo rural, para ayudar a pensar en la redinamización de los territorios en tiempos de crisis. ¿Qué programas, políticas públicas, proyectos de investigación y acciones solidarias podemos emprender para activar los territorios turísticos rurales?

Se debe decir, categóricamente, que el turismo rural no es una solución absoluta para aliviar los problemas económicos del campo. A pesar de los pronósticos entusiastas

sobre el aumento en la demanda que habrá sobre los destinos rurales, es importante considerar que las condiciones sanitarias no serán estables en un periodo indefinido, que el turismo sigue siendo una actividad económica altamente vulnerable a los factores contextuales y que los modos de vida de las comunidades rurales no deben perderse bajo ninguna suerte de monocultivo turístico (Thomé-Ortiz, 2008). Por ello, cuando las condiciones sean apropiadas, el turismo deberá incorporarse al entramado de actividades productivas del territorio, de manera progresiva y escalonada, a través de las redes de colaboración y confianza que se han construido en torno al turismo y a las otras actividades productivas que se desarrollan. Las comunidades burbuja, como los pequeños núcleos de familia o grupos de confianza en los que se tenga cierta certeza, sobre su estado de salud, son las unidades de acción sobre las que podría empezar a operar el turismo rural de una manera relativamente segura.

El papel del Estado como impulsor de estrategias de desarrollo territorial será fundamental. Para ello será necesario dotar de recursos públicos a las comunidades, orientados a la reactivación económica de los territorios. No se plantea la inversión en desarrollo de infraestructuras turísticas, ni de nuevos destinos, sino en procesos de redinamización territorial, basados en la diversificación económica, la capacitación y el fortalecimiento del capital social. Se debe impulsar a las empresas turísticas locales ya existentes y procurar la preservación del máximo número de empleos. Por su parte, la capacitación debe enfocarse en el manejo seguro de los turistas, como una doble garantía de bienestar, para las comunidades rurales y para los visitantes.

Una cuestión central para la reactivación de los territorios turísticos rurales es la negociación y el consenso permanentes sobre las acciones a realizar. Para lo cual se requiere la participación de todos los actores involucrados en la actividad. Además de los consensos, se requiere desarrollar una actitud cooperativa y de reciprocidad, lo que significa que el proceso de reactivación estará orientado por principios éticos y civilizatorios, donde estamos intentando reconstruirnos y reinventarnos después de la crisis.

Si duda, la reactivación turística rural, no sólo debe significar el encendido de las máquinas, sino que es la oportunidad de crear un nuevo modelo turístico rural, de tipo resiliente, que se fundamente en las dimensiones económica, social y ambiental de la sustentabilidad, que sea inclusivo y tenga capacidad de respuesta frente a nuevos sucesos críticos, desde una perspectiva múltiple y compleja (Chater, 2020). Pero también existe el riesgo de volver a los viejos patrones una vez que esto quede atrás o incluso de que algunos actores hegemónicos del sector turístico, coopten o imiten las experiencias genuinas de turismo rural para su beneficio particular. En ese sentido, sería importante formular algunas preguntas como: ¿De qué manera vamos a evaluar el desarrollo de este nuevo modelo de turismo rural? ¿Cómo evitar que se pierda la oportunidad de reinventar el turismo rural y volvamos a caer en la inercia alienante del capitalismo que conduce a un monocultivo turístico escasamente creativo?

El turismo rural, después de la pandemia, debe fundarse sobre una nueva perspectiva del territorio como un espacio múltiple y complejo, que permite un número infinito de posibilidades de crear y recrear la vida. Pero también deberá renegociar las relaciones entre los mundos urbano y rural, que se habían impuesto bajo las normas del capitalismo tardío.

Un primer aspecto que resulta fundamental es eliminar, en la medida de lo posible, el marcado intermediarismo que existe entre el campo y la ciudad. Ello no debe reducirse a la actividad turística sino a todas las formas de intercambio existentes, donde el productor suele ser el menos beneficiado. En este sentido el turismo rural, además de ser una actividad económica complementaria, debería servir como una plataforma de exhibición e intercambio rural – urbano, es decir un espacio socialmente construido para la salud, el bienestar y el desarrollo integral de las sociedades contemporáneas. Sin embargo, la construcción de tales espacios es una asignatura pendiente en muchos escenarios

latinoamericanos, lo que implica la acción colectiva y consciente de productores y consumidores; de turistas y anfitriones, para lograr una acción concertada.

Es necesario detonar procesos de organización social que permitan el desarrollo de cooperativas y colectivos, a partir de los cuales se opere el cambio necesario, lo que significa que solo a partir de la conformación de masa crítica, será posible instaurar nuevas formas de consumo y nuevas formas de ocio turístico. Sin duda, el rechazo a la masificación, al que ha dado lugar la pandemia del COVID-19 será una oportunidad para volver a conectar con la proximidad, física y espiritualmente.

Para muchas personas, el confinamiento forzado ha dado pie a la reconexión con las proximidades cotidianas, al mismo tiempo que la condición crítica de los menos favorecidos ha sido un llamado a la solidaridad que se debe traducir en nuevas actitudes y comportamientos. Por lo tanto, este nuevo turismo rural anclado a la complejidad del territorio no será otra forma de comoditizar la naturaleza y la cultura, sino una oportunidad de reconexión con la tierra, de ser justos, de empatizar con el otro, de reaprender a alimentarse y a producir alimentos, de estar abierto a la otredad. Vale la pena plantearse si la experiencia de la ruralidad como modo de vida y visión del mundo puede aportar claves para enfrentar esta crisis sanitaria, que ha desnudado la existencia de una profunda crisis civilizatoria.

Por otra parte, el turismo rural de proximidad resultará una alternativa al turismo convencional, generando una opción turística más consciente y con menores impactos negativos. Aunque ello no será una norma, sí podría expresar el nacimiento de una conciencia nueva. Lo que implica pensar en la capacidad del campo para satisfacer estas necesidades de ocio recreativo, que para muchos sectores de la sociedad contemporánea han adquirido el carácter de un derecho fundamental.

Será necesario realizar aproximaciones, cualitativas y cuantitativas, para determinar estas nuevas relaciones con el espacio rural, ello con la finalidad de identificar los riesgos y oportunidades que estas posibles articulaciones representan para la sociedad en su conjunto. Ante el animado optimismo respecto a que el turismo rural será un sector en franco crecimiento, posterior a la crisis del COVID-19, deberíamos replantearnos si el mundo rural necesita, está listo y desea ser parte de esta reactivación. Un representante del turismo rural en la Sierra Norte de Oaxaca, México, expresó lo siguiente durante su participación en un webinar sobre turismo de naturaleza:

“Nos llamaron locos cuando cerramos, pero gracias a ello estamos muy bien... ..esto nos ha hecho conscientes de que el turismo no es el fin, sino una herramienta... ..mientras no se pueda aplicar esa herramienta seguiremos viviendo de la tierra porque mientras haya suelo fértil y sano y estén los bosques no necesitamos dinero...”

Al respecto se debe advertir sobre la posibilidad de que ese apremio por reactivar el turismo rural sea más una necesidad política para generar indicadores positivos o una postura de los académicos para legitimar sus aportaciones en un momento que consideran como una buena “oportunidad”. Por ello, es importante tomar el pulso de lo que efectivamente está ocurriendo en el campo, de la manera en que los actores rurales están enfrentando la crisis y sobre lo que piensan de ella. Ciertamente, reactivar el turismo rural incluye la participación de diferentes actores, públicos y privados, en diferentes niveles, pero lo fundamental es comprender la postura de las comunidades receptoras ante la crisis y con ello delinear la forma que tomará el turismo, en estricto respeto de su autonomía. Quizá valdría la pena que en los webinars estuvieran más presentes los verdaderos actores del turismo rural, que los políticos o los especialistas, o por lo menos que las participaciones fueran equilibradas, pero desafortunadamente las oportunidades de expresarse y de conectividad no son las mismas para el campo que para las ciudades, otra poderosa imagen de las desigualdades entre los dos ámbitos.

CONSIDERACIONES FINALES

La pandemia global por el virus SARS COV2 (COVID-19) ha generado una paralización económica que ha afectado seriamente al sector turístico global, ocasionando su desplome. La manera intempestiva en que llegó el virus develó la fragilidad sobre la que se sostienen los sistemas turísticos, en los que se ha depositado una enorme confianza para contribuir el Producto Interno Bruto de diversos países.

Lo anterior, lleva a pensar en el gran rezago económico, tecnológico y social, que la humanidad tiene para enfrentar las crisis de gran calado. Lo que, por otro lado, se traduce en una postura de negación al cambio, que se había venido sosteniendo desde hace algunas décadas, cuando el colapso ya era evidente.

Ante el desplome de la actividad turística múltiples voces se han pronunciado, de maneras tan heterogéneas como disonantes, en la búsqueda de alternativas y la tan anhelada “reactivación”. A ello agreguemos la disponibilidad de tiempo en casa y la proliferación desmedida de seminarios, foros y webinars, donde voces autorizadas y otras no tanto, se hacen escuchar. Entre las propuestas que han marcado tendencia respecto a la reactivación del turismo en la etapa post-COVID, se encuentran aquellas que convergen en que el turismo rural y de proximidad experimentarán un gran “crecimiento”, asociado al aumento de la demanda de destinos de proximidad, no masificados y donde el turista pueda tomar mayor control de los procesos de conformación de la experiencia turística (alojamiento, transporte, alimentación, etc.).

Ciertamente, se puede prever que algunas formas del consumo turístico no masificado tengan un repunte, más aún en condiciones de fuertes restricciones económicas y ante un fenómeno con una fuerte dimensión emocional, donde se apela constantemente a la solidaridad. Pero ello no quiere decir que fincar nuestras expectativas en el mercado y en un crecimiento económico y una oportunidad, sea una postura sensata. ¿Qué sentido tendría volver a depositar la fe en una actividad tan sensible a los factores contextuales y tan vulnerable frente a la incertidumbre? Sin duda, ello demostraría que no hemos aprendido nada de esta singular experiencia.

Por otro lado, dadas las proporciones y complejidad del fenómeno, sería conveniente que cualquier decisión sobre las dinámicas urbano rural, entre las que se encuentra el turismo, se construyan en el seno de una discusión interdisciplinaria, multisectorial y con irrestricto respeto a los principios de soberanía de las comunidades. Con lo anterior se intenta decir que, de momento, ninguna posición coherente se aventuraría a emitir un pronóstico, en un contexto donde la única constante será la incertidumbre. Por otra parte, sería ético permitir que las propias comunidades rurales sean quienes se expresen respecto a la manera en que han experimentado la pandemia, sobre sus preocupaciones y su interés de incorporarse a los procesos de reactivación.

Partiendo del principio de que lo único asible que tenemos es el presente, se puede decir que hoy lo único que es claro es que nos encontramos en un momento de paralización e incertidumbre. A este momento hay que sobrevivir y encaminar nuestros esfuerzos a la reflexión profunda de las características e instrumentación de aquello a lo que han denominado “nueva normalidad”, pero ello no será la prescripción emanada de un claustro de expertos sino el fruto de un nuevo pacto social de cara a la crisis civilizatoria. Sin duda, es válido imaginar futuros posibles, pero no lo es buscar oportunidades de obtener provecho particular ante un evento tan desafortunado como el que estamos viviendo.

Es por ello que se invita a la reflexión crítica respecto a las propuestas sobre la reactivación del turismo rural, siendo enfáticos respecto a la necesidad de reinventar las formas de hacer turismo y de hacer un riguroso escrutinio social sobre las acciones de aprovechamiento de los recursos naturales y culturales con fines de ocio. Para tal fin sería muy útil preguntarse ¿Quiénes son los beneficiarios de la reactivación del turismo rural? ¿Qué riesgos y oportunidades representa volver a viajar al campo después de la crisis?

REFERENCIAS

Angus, A. (2020). How Is COVID-19 Affecting The Top 10 Global Consumer Trends 2020? Londres: Euromonitor International.

Aranda C., Combariza G., y Parrado B. (2009). Rural tourism as a rural territorial development strategy: a survey for the Colombian case. *Agronomía Colombiana*, 27(1), 129-136.

Bonilla, D., Villamil, E., Rabaan, A., y Rodriguez, J. (2020). Una nueva zoonosis viral de preocupación global. *Iatreia*, 33(2), 107-110.

Bourdieu, P. (2013). Prólogo. Estructuras sociales y estructuras mentales” y “Formas escolares de clasificación”. En: Bourdieu, P. *La nobleza de Estado*. (pp.13-83). Buenos Aires: Siglo XXI.

Chater, N. (2020). Facing up to the uncertainties of COVID-19. *Nat Hum Behav* 4, 439, DOI: 10.1038/s41562-020-0865-2

Countryside Agency. (2003). *Rural economies: stepping stones to healthier futures*. Cheltenham: Countryside Agency.

Díaz, M. (2005). *Violencia y medios de comunicación. La socialización posmoderna*. Madrid: EOS.

Djalante, R., Shaw, R., y DeWit, A. (2020). Building resilience against biological hazards and pandemics: COVID-19 and its implications for the Sendai Framework. *Progress in disaster Science*, 6: 1-7, DOI: 10.1016/j.pdisas.2020.100080

Escobar, A. (2016). Sentipensar con la Tierra: Las Luchas Territoriales y la Dimensión Ontológica de las Epistemologías del Sur. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 11 (1), 11-32.

Fana, M., Tolan, S., Torrejon, S., Urzi, M. y Fernández, E. (2020). The COVID confinement measures and EU labour markets. Luxembourg: Publications Office of the European Union.

Freya Higgins-Desbiolles (2020) Socialising tourism for social and ecological justice after COVID-19, *Tourism Geographies*, DOI: 10.1080/14616688.2020.1757748

García-Rodea, F., Thomé-Ortiz, H., González-Domínguez, I., y López-Carré, E. (2020). Uso y apropiación de tecnologías de información y comunicación (TICs) en la comercialización de servicios de alojamiento rural. *Agroproductividad*, 13 (2), 89-94.

Gascón, J. (2016). Deconstruyendo el derecho al turismo. *Revista CIDOB d’Afers Internacionals*, 113, 51-69.

Kaboura, A., y Bitsani, E. (2013). E-branding of rural tourism in Carinthia, Austria. *Tourism*, 61 (3), 289-312.

Lazzerini, M., y Putoto, G. (2020). COVID-19 in Italy: momentous decisions and many uncertainties. *The Lancet Global Health*. 8 (5), E641-E642, DOI: 10.1016/S2214-109X(20)30110-8

Lipovetsky, G. (1994). *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Barcelona: Anagrama.

Matijasevic, M., y Ruiz, A. (2013). La construcción social de lo rural. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social*, 5 (3), 24-41.

Méndez, R. (2013). Estrategias de desarrollo territorial para tiempos de crisis. *Una interpretación desde la periferia europea*. *Desenvolvimento Regional em debate*, 3 (2), 4-26.

Murdoch, J. (1997). Inhuman/Nonhuman/Human: Actor-Network Theory and the Prospects for a Nondualistic and Symmetrical Perspective on Nature and Society. *Environment and Planning D: Society and Space*, 15(6), 731–756. DOI: 10.1068/d150731

Napolitano, y Glisic, (2018). Virtual tours and informational modeling for conservation of cultural heritage sites. *Journal of Cultural Heritage*, 29, 123-129.

Niezgoda, A. (2013). Prosumers in the tourism market: the characteristics and determinants of their behavior. *Poznań University of Economics Review*, 13 (4), 130-141.

Palafox, A., y García, M. (2018). Acumulación por despojo a través del turismo y las áreas naturales protegidas: una mirada a Valle de Bravo, México. *Revista Estudios Ambientales*, 6(1), 87-106.

Rogoff, K. (2020, 7 de Mayo). Así será la economía que vendrá tras el virus. Entrevista concedida a Miguel Ángel García Vega. *El País*. Recuperado de: <https://elpais.com/economia/negocio/2020-04-11/asi-sera-la-economia-que-vendra-tras-la-pandemia.html>

Shereen, M., Khan, S., Kazmi, A., Bashir, N. y Siddique, R. (2020). COVID-19 infection: Origin, transmission, and characteristics of human coronaviruses. *Journal of Advanced Research*, 24, 91-98.

Steffen, W., Broadgate, W., Deutsch, L., Gaffney, O., y Ludwig, C. (2015). The trajectory of the Anthropocene: The Great Acceleration. *The Anthropocene Review*, 2(1), 81–98. DOI: 10.1177/2053019614564785

Thomé-Ortiz, H. (2008). Turismo rural y campesinado, una aproximación social desde la ecología, la cultura y la economía. *Convergencia*, 15 (47), 237-261.

Toffler, A., y Toffler, H (2006). *La revolución de la riqueza*. México: Debate.

Tomassini, L., y Cavagnaro, E. (2020) The novel spaces and power-geometries in tourism and hospitality after 2020 will belong to the 'local', *Tourism Geographies*, DOI: 10.1080/14616688.2020.1757747

UNWTO (2020). *Turismo y COVID-19*. Madrid: UNWTO.

Vera, F. e Ivars, J. (2020). El impacto del COVID-19 en la actividad turística de la Comunitat Valenciana. Alicante: Universidad de Valencia.

Watts, V. (2013). Indigenous place thought & agency amongst humans and non-humans (First Woman and Sky Woman go on a European world tour!). *Decolonization: Indigeneity, Education & Society*, 2 (1), 20-34.

William, R. (1977). *Marxism and Literature*. Reading: Oxford University Press.